

ta que permita a las partes implicadas alcanzar seguridad, justicia y paz, con pleno respeto por los derechos humanos y el derecho internacional.

Señor embajador: la amplitud de miras y el vigor moral que los Estados Unidos han de ejercer a principios de un nuevo siglo y en un mundo rápidamente cambiante, exigen un reconocimiento de las raíces espirituales de la crisis por la que atraviesan las democracias occidentales, crisis caracterizada por el avance de una visión del mundo materialista, utilitarista y en definitiva deshumanizada, trágicamente dissociada de los cimientos morales de la civilización occidental. Si quieren sobrevivir y prosperar, la democracia y las estructuras económicas y políticas que la acompañan deben estar regidas por una visión cuyo centro sea la dignidad otorgada por Dios y los inalienables derechos de todo ser humano, desde el momento de la concepción hasta su muerte natural. Cuando algunas vidas, con inclusión de las de los no-nacidos se ven sujetas a las opciones personales de otros, deja de quedar garantizado cualquier otro valor y derecho, y la sociedad acaba inevitablemente regida por intereses y conveniencias particulares. No puede mantenerse la libertad en un clima cultural que mide la dignidad humana en términos estrictamente utilitarios. Jamás ha sido tan apremiante la necesidad de infundir nuevo vigor a la visión y determinación moral esenciales para mantener una sociedad justa y libre.

En este contexto, mi pensamiento se dirige a la juventud estadounidense, esperanza de la nación. Durante mis visitas pastorales a los Estados Unidos, y sobre todo con ocasión de mi visita a Denver en 1993 para la Celebración de la Jornada Mundial de la Juventud, fui testigo presencial de los recursos de generosidad y buena voluntad presentes en la juventud de ese país. Los

jóvenes constituyen sin lugar a dudas el más valioso tesoro de su nación. Por ello, necesitan con urgencia una educación completa que les permita rechazar el cinismo y el egoísmo y crecer hasta su plena estatura como miembros informados, sabios y moralmente responsables de la comunidad. Al principio de un nuevo milenio, hay que dar a los jóvenes toda oportunidad de desempeñar su papel de "artífices de una nueva Humanidad, donde hermanos y hermanas, miembros todos de una misma familia, puedan vivir finalmente en la paz" (Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, 1.01.2001, n. 22 ECCLESIA).

Señor embajador: al iniciar su misión como representante de su país ante la Santa Sede, le reitero mi deseo de que el pueblo estadounidense, al afrontar los retos del presente y del futuro, emplee los profundos recursos espirituales y morales que inspiraron y guiaron el crecimiento de la nación y que siguen siendo la prenda más segura de su grandeza. Confío en que la comunidad católica estadounidense, que históricamente ha desempeñado un papel crucial en la educación de una ciudadanía responsable y en el auxilio a pobres, enfermos y necesitados, tome parte activa en el proceso de discernimiento del rumbo futuro de ese país. Sobre usted, sobre su familia y sobre todo el pueblo estadounidense invoco de todo corazón las divinas bendiciones de la alegría y de la paz.

Las armas no solucionan las diferencias

Diez años de independencia

Mi visita tiene lugar cuando se cumplen los diez años de la proclamación de la independencia de Kazajstán, alcanzada después de un largo período oscuro y de sufrimiento. La fecha del 16 de diciembre de 1991 está inscrita con caracteres indelebles en los anales de vuestra historia. La recobrada libertad ha encendido en vosotros una confianza más sólida en el futuro y estoy convencido de que esta experiencia está llena de lecciones que hay que tener en cuenta para que os mováis con valentía hacia nuevas perspectivas de paz y de progreso. Kazajstán quiere crecer en la fraternidad, en el diálogo y en la comprensión,

premisas indispensables para «echar puentes» de cooperación solidaria con los demás pueblos, naciones y culturas.

Diálogo; no violencia

Desde esta perspectiva, Kazajstán, con una iniciativa valiente, decidió ya en 1991 el cierre del polígono nuclear de Semipalatinsk, y sucesivamente proclamó la renuncia unilateral al armamento nuclear y la adhesión al Acuerdo para la prohibición total de los experimentos atómicos. En la base de esta decisión, se encuentra la convicción de que las cuestiones controvertidas no deben ser resueltas con el recurso a las armas, sino con los medios pacíficos de la negociación y del diálogo. No puedo dejar de alentar esta línea de compromiso, que responde muy bien a las exigencias fundamentales de la solidaridad y de la paz a la que aspiran los seres humanos con creciente conciencia.

Cien etnias, una gran cultura

En vuestro país, que ocupa uno de los primeros lugares del mundo por extensión, conviven todavía hoy ciudadanos pertenecientes a más de cien nacionalidades y etnias, a quienes la Constitución de la República garantiza los mismos derechos y libertades. El espíritu de apertura y de colaboración forma parte de vuestra tradición, pues Kazajstán desde siempre es tierra de encuentro y de convivencia entre tradiciones y culturas diferentes. Esto ha dado lugar a significativas formas culturales, expresadas en originales realizaciones artísticas, así como en una floreciente tradición literaria.

Siento admiración por ciudades como Balasagun, Merke, Kulan, Taraz, Otrar, Turkeistán y otras, que en su época fueron importantes

centros de cultura y de comercio. En ellas vivieron ilustres personalidades de la ciencia, del arte y de la historia, a partir de Abu Nasr al-Farabi, quien hizo redescubrir a Europa a Aristóteles, hasta el bien conocido pensador y poeta Abai Kunanbai. Formado en la escuela de los monjes ortodoxos, conoció también el mundo occidental y apreció su patrimonio de pensamiento. Sin embargo, solía repetir: «Occidente se ha convertido en mi Oriente», subrayando cómo el contacto con otros movimientos culturales hizo más intenso en él el amor a la propia cultura.

Libertad

¡Queridos pueblos de Kazajstán! Tras haber sacado las lecciones de las experiencias de vuestro antiguo y reciente pasado, y en particular de los tristes acontecimientos del siglo XX, poned siempre como fundamento de vuestro compromiso civil la tutela de la libertad, derecho inalienable y aspiración profunda de toda persona. En particular, aprended a reconocer el derecho a la libertad religiosa, en el que se expresan las convicciones custodiadas en el sagrario más íntimo de cada persona. Cuando en una comunidad civil los ciudadanos saben aceptarse con sus respectivas convicciones religiosas, es más fácil afianzar entre ellos el reconocimiento efectivo de los demás derechos humanos y un entendimiento basado en los valores de fondo de una convivencia pacífica y constructiva. De este modo, es posible sentirse aunados por la conciencia de ser hermanos, por el hecho de ser hijos del único Dios, creador del universo.

Pido a Dios omnipotente que bendiga y aliente vuestros pasos por este camino. Que os ayude a crecer en la libertad, en la concordia, en la paz.

Éstas son las condiciones indispensables para que se instaure un clima apto para un desarrollo humano integral, atento a las exigencias de cada uno, especialmente las de los pobres y de los que sufren.

Progreso y solidaridad

Pueblo kazajo, te espera una comprometida misión: construir un país caracterizado por el auténtico progreso, en la solidaridad y en la paz. Kazajstán, tierra de mártires y de creyentes, tierra de deportados y de héroes, tierra de pensadores y de artistas, ¡no tengas miedo! Si bien siguen siendo todavía profundas y numerosas las heridas de tu cuerpo, si bien sigue habiendo dificultades y obstáculos en la obra de reconstrucción material y espiritual, que os sirvan como consuelo y aguijón las palabras del gran Abai Kunanbai: «La humanidad tiene como principio el amor y la justicia, estos son la coronación de la obra del Altísimo» («Dichos», cap. 45).

¡Amor y justicia! ¡Que el Altísimo, guiando los pasos de los hombres, haga resplandecer estas estrellas sobre tus pasos, inmensa tierra de Kazajstán!

Estos son los sentimientos que laten en mi corazón, al comenzar mi visita a Astana. Al mirar los colores de vuestra bandera, queridos kazajos, pido para vosotros al Altísimo los dones que simbolizan: la estabilidad y la apertura, reflejados en el azul; la prosperidad y la paz a las que hace referencia el oro.

¡Que Dios te bendiga, Kazajstán, y a todos tus habitantes y te conceda un futuro de concordia y de paz!